

A esto se sumaba que, antaño como hogaño los suscriptores de gorra eran legión. Cuando salía, "El Semanario" y se lo llevaban a un suscriptor, había en la casa de este un desfile de criadas con recaditos de la vecindad:

—Que mil expresiones de mi señora Fulana y que cuando acabe de leer la gaceta se la *emprieste*.

—Que muchas memorias de mi señora Zutana y que si ya leyó el papel que se lo mande.

—Que tantas saludes de mi señora Mengana y que le *desempreste* el papelito, que ella se lo devuelve apenas lo lea.

Por eso Caldas escribía cada vez más desesperanzado:

"Temo mucho que EL SEMANARIO pare por falta de suscriptores, pues no llegan a cincuenta".

Los suscriptores eran menos de cincuenta; pero los lectores eran más de mil. Proporciones guardadas, hoy pasa cosa semejante. Hay gentes que van a las barberías con el exclusivo objeto de leer de gorra los diarios que ha comprado el barbero.

Y hay individuos que en su manía de pedir prestados libros y periódicos, hacen recordar el dístico dialogado de Ricardo Palma:

"—Mi mujer es un libro,  
por lo que sabe.

—Pues présteme ese libro  
cuando lo acabe".

